

dicion secular y por la letra muerta; el tomista; el aristotélico que ha abrazado una lógica convencional y artificiosa; mientras, por otro lado, se ve el alma desligada de toda convencion y artificio, señora y soberana de sí misma, sin mas númen que la divina inspiracion interior; abriendo sus alas en los espacios celestes, mirando frente á frente el ideal, y pronta en su transfiguracion maravillosa á verter sobre quienes aguardan su palabra con el ansia que las plantas secas el rocío celeste, benéficos raudales de incomparable elocuencia. Aquel arte de la oratoria, divino siempre, pero en el siglo décimoquinto esclavo de las escolásticas convenciones, de las argucias teológicas, de las fórmulas eclesiásticas, de la tradicion semi-bárbara; aquel arte se emancipa en Savonarola, y tomando la sencillez de la naturaleza y el ingenuo aspecto de la familiaridad, llega en esos minutos que podremos llamar divinos y creadores, hasta lo extraordinario y lo sublime.

Fingid luego en vuestra mente un pueblo del Mediodía, nervioso por su complexion, exaltado en sus pasiones, culto por su historia, acostumbrado á las contiendas de la libertad, amigo del arte, enemigo de lo vulgar y de lo trillado; y decidme cómo debia conmoverle aquel orador sin segundo, que dominaba, no solo por el poder de su palabra, sino tambien por el ejemplo de sus virtudes y por la pureza inmaculada de su vida. Así pudo ofrecernos el modelo perfecto de una República ideal, gobernada por la palabra, regida por leyes morales mas que por leyes coercitivas, ebria de una idealidad como no la habia sentido ninguna otra democracia en ningun otro tiempo de la historia, y exaltada hasta el punto de reconocer por única constitucion el Evangelio y por único jefe á Cristo.

CAPÍTULO VI

EL CONVENTO DE SAN MARCOS

Pocas ciudades en el mundo conmueven al viajero como lo conmueve la ciudad de Florencia. En pocos paisajes se unen y armonizan, como en este paisaje florentino, la severidad y la gracia. Las cimas de las montañas de Umbría al Oriente y las cimas de las montañas de los Apeninos al Occidente semejan maravillosos intercolumnios de un templo, como las graciosas colinas rematadas por severos edificios, semejan pedestales erguidos para recibir puras y hermosas estatuas. Si desde cualquiera de aquellos sitios tan admirables, sembrados de quintas que parecen museos, y circuidos de paisajes que parecen églogas, convertís los ojos á la inmortal ciudad, descubriréis aquella rotonda de Santa María de las Flores, diadema verdadera del Renacimiento; aquel campanile del Giotto, maqueado por mármoles multicolores, y tan gracioso y tan aéreo como esbeltísima columna; aquel palacio de la Señoría, que teniendo el ceño de una fortaleza, tiene tambien la gracia y el esplendor de una estancia oriental; aquellas iglesias compuestas por la severísima arquitectura toscana, panteones de las glorias mayores de Italia; aquellas innumerables torres que resisten los asaltos de la guerra y las injurias del tiempo y cuya armonía resulta tal que parecen burlarse de las leyes de la gravedad, desceñirse de los pesados cimientos y flotar en el aire como esos vapores cuyos fantásticos contornos el sol poniente arrebola en las luminosas y serenas tardes de Florencia.

Entre todos estos monumentos, ninguno llama la atencion como el mo-

nasterio de San Marcos, por hallarse tan vivamente relacionado con la historia de la pintura y con la historia de la República de Florencia. No hay que parar mientes en su iglesia de origen relativamente moderno; hay que volverse á contemplar su sepulcro; y cuando, en las inscripciones latinas de mas ó menos gusto, se ve resaltar el nombre de aquel Pico de la Mirandola, que encerró en su vasta inteligencia toda la sabiduría de su siglo; y de aquel Jerónimo Benivieni, que resucitó la elocuencia platónica y trajo al sensual Renacimiento el mas puro idealismo; y de aquel Angelo Policiano que tan dulcemente tocaba el plectro de la poesía clásica; por muy desasido de la historia que esteis, por muy contrarios que á los antiguos recuerdos seais; en vista de tantos sepulcros y á la invocacion involuntaria de tantas sombras, debe pareceros que tocáis las cimas inaccesibles del humano entendimiento. Pero, en realidad, lo que el viajero busca en aquellos claustros, lo que seguramente encuentra, es la trinidad sublime de las almas inmortales, que lo llenan y que lo glorifican, del alma de Fra Angelico, del alma de Fra Bartolomeo, del alma de Fra Jerónimo. Es imposible ir allí, sin ver en los cuadros de Angelico la poesía del cristianismo, en los cuadros de Bartolomeo la poesía del Renacimiento, en la sombra de Savonarola tambien la sombra de la República evangélica. Ningun mortal podrá jamás acercarse á los cuadros del pintor cristiano por excelencia, de aquel hombre que parecia exento de la culpa y que pintaba sus Cristos y sus Vírgenes de rodillas, como si bajaran desde el cielo á su paleta; imposible, decia, el acercaros á esta obra maravillosa, verdadero milagro de la fe, sin imaginar que el alma entera se descieñe del organismo, que el Empíreo entero se abre á la vista del entendimiento, que las ideas increadas vuelan como mariposas en torno de vuestras sienas, que las arpas angélicas suenan sus comunicables melodías en vuestros oídos, que el Verbo creador á cuyos ecos los orbes giraron sobre sus ejes y los espíritus angélicos abrieron sus alas penetra en vuestra razon, y que la sávia de los árboles del paraíso, llenos de aquellas flores sin mancha, esa sávia inmaculada penetra por vuestras venas y os rejuvenece hasta haceros asistir en pensamiento al primer destello de la luz y al primer día de la creacion. Cuántas veces el viajero, que pasea por aquellos claustros, detiénese á contemplar las obras verdaderas de la fe; y se compenetra, sobre todo si siente el cansancio

y el hastío inspirados por la falsa devocion de nuestro tiempo, se compenetra de aquella fe candorosa y siente lo que el artista ha sentido, y piensa lo que el artista ha pensado, y reza como pudiera rezar el artista, cuando aquellas figuras divinas y recientemente creadas se extendian por los áureos espacios de sus tablas. Yo de mí sé decir, que nunca he entrado en la sala capitular, sin estremecerme, apiadado y enternecido, á la vista de aquel Salvador pendiente de la Cruz, de aquellas Marías desfallecidas que sollozan aun, de aquellos santos y doctores los cuales como que se recogen y se abisman dentro de sí mismos para contemplar la trascendencia á todos los tiempos y á todas las generaciones de la sublime tragedia del Calvario. Imposible detenerse en presencia de aquellos cuadros sin arrobarse como se arrobaba el artista. Al ver la Anunciacion, los vistosos colores de las alas del ángel que parecen teñidas en iris nunca vistos por los mortales ojos; la humildad de la Virgen que recibe la visita del Espíritu Santo en sus entrañas sin comprenderla en su mente, creéis oír el Ave Maria, que, al caer la tarde y brillar la primera estrella en el desierto cielo, entonan con sus lenguas de bronce todas las torres de la cristiandad y rezar en coro con los arcángeles del firmamento y con los mundos del espacio las alabanzas eternas á la madre inmaculada del Verbo. Sobre todo, el cuadro de la coronacion de la Virgen es de tal suerte inmaterial y místico que lo creéis la oracion personificada y lo mirais con arrobamiento y éxtasis, imaginando oír la despedida de todas las cosas creadas y el cántico de todas las jerarquías celestes recibiendo á la que va calzada de la luna y vestida del sol entre nubes cerúleas, rodeada de espíritus angélicos, á ser la intercesora entre la criatura y el Criador. La pureza de semejantes cuadros, los arrobos de sus ángeles, los éxtasis de sus bienaventurados, la pureza de sus Vírgenes, la meditacion de sus doctores, la jerarquía de sus espíritus puros, la florecencia de sus campos celestiales representan la pura poesía religiosa, nacida de las profundidades del alma y expresada con verdadera fe. Así es que por una predileccion de la Providencia, el gran artista y el gran orador del Cristianismo habitaron las mismas celdas y vivieron en el seno de aquellos maravillosos é inolvidables claustros.

Cuántas veces, despues de haber visto los maravillosos cuadros de Fra Angelico, el viajero, que verdaderamente desea comunicarse con las grandes

almas, abre los sermones de Savonarola y los lee en el sitio mismo donde han sido pronunciados. Dista mucho la complexion del orador de la complexion del artista. El uno es la paz del alma, el otro la controversia del combate; el uno jamás ha comprendido el pecado y el otro para condenarlo ha tenido que sentirlo; el uno ha pasado por el mundo como si lo llevaran las ténues alas de los ángeles pintados en sus cuadros y el otro como si lo encendieran las ardientes pasiones avivadas por sus arengas; el uno ha vivido en la abstraccion y en el éxtasis y en el deliquio y en el arrobamiento, mientras el otro ha chocado con todas las pasiones, como el náufrago á quien arroja el oleaje contra las cortantes rocas; pero ambos á dos han tenido una virtud comun, la fe sobrenatural en la doctrina de Cristo que ha llevado al uno á dormirse en el sepulcro como si se durmiera en la cuna y ha llevado al otro al ara del sacrificio y al fuego del martirio, como si no pudiera ningun hombre superior avivar un incendio sin abrasarse en las llamas mismas que ha avivado.

¡Ah! ¡Qué maravillosas las arengas de Savonarola! Con qué dolor se plañe de que solamente puede tocar con su palabra los oídos del pecador y no su conciencia, falta de la luz necesaria para la comprension de las ideas; que no cabe fe en el entendimiento desposeido de claridad interna y no cabe amor en el corazón despojado de la verdadera llama de la vida. Pocas descripciones mas animadas que la ida de los reyes magos á Belen, conducidos por la estrella que han visto en el Oriente. El que hizo la eternidad y no tuvo principio ni tendrá fin, acaba de nacer en el tiempo; el que lleva el Universo en su mano, cabe en el regazo de una Vírgen; el que ha sembrado los mundos en el espacio, necesita patria y hogar como el último de los mortales; el que ha producido las criaturas angélicas con su pensamiento, llama hermanos é iguales á estos míseros gusanillos de la tierra que se denominan hombres; y reyes caldeos, magos, privados de la vista del alma, perdidos en los desiertos donde se celebran todas las abominaciones de la magia, van á Belen, conducidos por una estrella, á ver un Dios recién nacido en las pajas de un establo que aun no ha operado ninguno de sus milagros porque á su presencia no han corrido todavía los paralíticos y al eco de su palabra no han resucitado todavía los muertos; y los que se llaman fieles y cristianos y han visto el mundo redimi-

do por el Cristianismo, los ídolos derribados por tierra, la Iglesia extendida en el mundo, Cristo sublimado en su gloria, el infierno vencido, la humanidad salvada, ciegos, mas que ciegos, se empeñan aun, á la vista de tantas maravillas, en desconocer la divina revelacion y en adorar los viciosos apetitos de su carne. El pensamiento de reformar la Iglesia le embargaba principalmente y le hacia decir conceptos originalísimos como aquel de que las gentes vulgares creen la Iglesia en auge porque tiene muchas joyas, creencia destruida por esta singular y bella antítesis: «antes los cálices eran de tosco leño y los sacerdotes de oro puro; ahora los cálices son de oro y los sacerdotes de leño.»

Parecía el monje un habitante de las catacumbas, lanzado desde los senos de estos cementerios subterráneos, al dintel cuasi griego de la Edad moderna. Singular figura la de un penitente, la de un asceta macerado por sus ideas y por sus cilicios, que parecia vivir de rodillas al pié de los altares católicos y con los ojos puestos en Dios y en sus justicias, en medio de una sociedad exaltada por los efluvios eléctricos y henchida por la sangre ardorosa del sensual Renacimiento. Jamás se ha conocido una edad, quizás ni en Grecia misma, que prestase á las artes el culto supersticioso prestado por Florencia en esta segunda parte del artístico siglo décimoquinto. Todas las inspiraciones del genio humano, todas las ideas de las ciencias clásicas, todos los recuerdos de la historia antigua volaban á una en torno de Florencia, semejante sobre su eterno pedestal y ceñida de guirnaldas de flores, á griega musa bajada de las cumbres del Pindo á las poéticas tierras de la inmortal Toscana. El concilio de Florencia, que trajera, como en procesion, los últimos representantes de la cultura helénica al seno de Italia; y la caída de Constantinopla, que esparciera por nuestras playas occidentales, ilustres fugitivos de igual suerte que la caída de Troya trajo á Eneas y los suyos; estos sucesos de inmensa trascendencia difundieron la vida griega, su metafísica espiritualista, su inspiracion plástica, su armonía y sus relieves en la Europa de los monjes y de los soldados, renovándola, como puede renovar la primavera el jugo y la sávia por las fibras de los árboles y por las venas de la tierra. En aquellas colinas sagradas, que las parras ciñen con sus festones de pámpanos; á la sombra de los plátanos y de los cipreses que entrelazan su ramaje con el ramaje de los granados; á la vista del severo aspecto que presenta Florencia, graciosa como